
Origen y Fuente, la Revolución de 1910

La Gran Utopía Mexicana

- ★ Neoliberalismo Incompatible con el País Idealizado
- ★ No Entusiasmo a la Mayoría la Visión Modernista
- ★ Discurso Donde Igualdad y Democracia Suenan Huecas

LORENZO MEYER

Entre las muchas cosas que hoy le hacen falta a México, hay una cuya ausencia probablemente no ha sido notada por los hombres poderosos que nos gobiernan ni por los dinámicos hombres de negocios (grandes y chicos) que les rodean, pero que desde fuera del círculo de la élite del poder se echa de menos: la utopía política. Esa que debería sustituir a la que acaban de abandonar "los que mandan": el viejo proyecto de la Revolución mexicana.

En 1516, Tomás Moro publicó un libro que describía a una isla imaginaria en donde se había desarrollado un sistema social y político perfecto para los tiempos y circunstancias de la Europa medieval en que vivía el famoso autor inglés: la isla de Utopía. Hoy, quizá más que en ningún otro tiempo sabemos lo peligroso que es buscar una de esas utopías. El propio Sir Tomás Moro perdió la vida 19 años después de escribir su libro, y justamente por mantener una actitud utópica, a pesar de que desempeñaba el cargo de Primer Ministro de Enrique VIII, que obviamente

La Gran Utopía Mexicana

Sigue de la Primera Página

requería del realismo más brutal. En efecto, en vez de hacer suyos los deseos del rey, los sometió a un examen ético... y perdieron los reales deseos. Poco después perdió la cabeza el examinador, que 400 años más tarde fue declarado santo.

Las utopías, como todos sabemos, son mundos imaginarios que responden a una profunda insatisfacción con la realidad imperante y por ello la niegan. Se trata de esquemas que parten de una concepción más o menos explícita de la naturaleza humana, y que ponen en el centro de la discusión el significado y propósito de la vida individual y colectiva, y en función de ello nos proponen arreglos sociales muy distintos a los imperantes, y que justamente por ello permitirían al individuo y a la sociedad en su conjunto aspirar a una vida que debería ser, a la vez, moral y feliz.

Las utopías son construcciones puramente teóricas, pero, no por irreales son inconsecuentes. Para empezar, su irrealdad no siempre es total, pues son esquemas apegados al razonamiento lógico; de ahí derivan parte de su fuerza. En cualquier caso, al subrayar el golfo que separa lo que es —que por deficiencia resulta muy insatisfactorio para el autor y para una parte de la sociedad que él encarna— de lo que debería ser, la utopía queda cargada de fuerza moral. Ciertas utopías, al combinarse con las circunstancias adecuadas pueden llegar a usar esa fuerza moral como un detonante que desate energías sociales reprimidas y, por tanto, fuerzas reales. Históricamente contamos con ejemplos de situaciones en donde la energía liberada —directa o indirectamente— por esas visiones de un futuro donde se resuelvan las insatisfacciones del presente, resultaron ser de tal magnitud, que finalmente afectaron al mundo del poder real de manera significativa, aunque, obviamente, nunca al grado de transformar la visión ideal en realidad. A este cambio le podemos llamar la realidad de la irrealdad.

★

Alguien pudiera sostener con buenos argumentos que si bien en el pasado algunas utopías tuvieron un papel como agentes del cambio, en el presente eso es poco probable, pues el desencanto frente a las grandes promesas es el signo de los tiempos. Y la prueba de lo anterior la constituye el triunfo en toda la línea del pensamien-

berán ser lo de las futuras, pues hoy igual que ayer necesitamos respuestas profundas y actuales para las preguntas eternas de la convivencia social.

★

Desde su conclusión hace setenta años, la Revolución mexicana se convirtió, entre otras cosas, en el origen y la fuente de la gran utopía mexicana del siglo XX. Es cierto que nadie sistematizó muy bien la visión del futuro que se generó a raíz de la violencia, el sufrimiento colectivo, la brutalidad y la injusticia de la lucha civil que devastó a México de fines de 1910 a 1920. Sin embargo, de las docenas de planes, de las centenas de manifiestos, y de las miles de arengas, discursos, artículos o panfletos que surgieron entonces; de la literatura, pintura y escultura de la Revolución, se puede sacar la esencia de la utopía mexicana del nuevo régimen.

Las revoluciones son grandes explosiones de energía social que se dan sólo de vez en vez en la historia, y los países que las sufren en su etapa destructiva primero y las experimentan en la constructiva después, quedan marcados para siempre, aunque la naturaleza de la marca va cambiando con el transcurso del tiempo. A la Revolución le antecede y le sucede una utopía. En nuestro caso, el ideal que llevó a la lucha contra Porfirio Díaz, pero sobre todo el que surgió del humo, destrucción y lamentos de la Revolución mexicana, buscaba, entre otras cosas, las siguientes.

En primer lugar, devolver al mexicano común la dignidad que había perdido mucho tiempo atrás, al ser convertido en carne de conquista y luego de explotación colonial. Frente a un racismo antiguo, que se transformaba pero se negaba a morir, se reivindicó el valor de lo indígena y lo mestizo; aunque iguales ante la ley, había unos mexicanos más mexicanos que otros, y a partir del triunfo revolucionario los mexicanos profundos y auténticos deberían ser no los de origen europeo y de gran éxito económico, sino los morenos y pobres. Ante la impresionante desigualdad social que había dejado el antiguo régimen y la herencia colonial, el Estado del nuevo régimen debía ser el instrumento de la justicia sustantiva, y para ello debería abandonar su supuesta imparcialidad liberal para volverse sistemáticamente parcial en favor de quienes nada tenían y en contra de los que tenían en exceso. Por lo anterior, es claro que la reforma agraria, cuando finalmente llegó, antes que una razón económica tuvo una moral; lo mismo se puede decir de su contra-

dica de los estados y de no intervención de un Estado en los asuntos internos de otro. Principios utópicos pero indispensables para la relación de México con Estados Unidos.

En el terreno de lo estrictamente político, la Revolución deslegitimó la realidad dictatorial, oligárquica y caciquil de la que había nacido, y propuso, en cambio, otra muy distinta. Y aunque sostuvo la necesidad de una presidencia fuerte en un Estado fuerte, el Estado sería el instrumento básico para imponer en una sociedad atravesada y dividida los principios de la justicia sustantiva. La Revolución también insistió en lograr lo que nunca se había logrado: la igualdad política de los mexicanos, es decir, la democracia. Esa democracia debía ser parte indispensable de la recuperación de la dignidad perdida. Para negar la herencia autoritaria colonial y su prolongación en el siglo XIX, los mexicanos deberíamos pasar por obra y gracia del nuevo Estado, de la condición de súbditos a la de ciudadanos; un cambio realmente revolucionario si es que hay alguno.

★

Distinta de la utopía de las revoluciones socialistas del siglo XX, la mexicana también tuvo la suya y las acciones concretas que inspiró, si bien se quedaron muy lejos del ideal, cambiaron a México. El cardenismo fue el mejor momento de la Revolución y la traducción imperfecta, muy imperfecta, de esa utopía a la realidad. Plenamente consciente de la fuerza que aún tenía la promesa, quienes sucedieron a Cárdenas buscaron identificarse con la visión ideal de la Revolución pese a que en la práctica tenían toda la intención de alejarse de ella. De todas maneras, y como lo señalara Blanca Torres en sus obras sobre la época de Miguel Alemán, éste buscó redefinir la promesa heredada y propuso una nueva pero basada en la antigua: la utopía industrial.

Hasta el momento en que en 1982 se quebró de manera irreparable ese esquema de la utopía industrial alemanista, todos los gobernantes mexicanos que sucedieron al "cachorro de la Revolución" buscaron mantener su proyecto sexenal cobijado bajo la fuerte y protectora sombra de las promesas generosas y nacionalistas de la Revolución mexicana. Pero a partir de 1982 la promesa no sólo se acotó, sino que pareció resultar disfuncional para quienes buscaban la salida pronta y defini-

nómico —y por tanto social— nuevo, inspirado en eso que se ha llamado la "revolución conservadora" de Estados Unidos y Gran Bretaña, pero que ya resulta irremediablemente incompatible con el México ideal —buscando aunque nunca encontrado— de la Revolución mexicana.

Esa revolución seguirá siendo el hecho fundamental del México del siglo XX, pero su importancia para la acción práctica de la clase política actual es menor, mucho menor, de lo que fue para sus antecesores. Y es aquí donde se presenta el problema para el gobierno, aunque no necesariamente para su oposición. Reagan o Thatcher pudieron despertar con su proyecto neoliberal —la utopía conservadora— el entusiasmo de un segmento muy importante de sus respectivas sociedades porque en su pasado histórico había elementos para ello, pero resulta que ése no es el caso de México.

★

La visión salinista del futuro ideal, entusiasma a los miembros del círculo íntimo de Carlos Salinas —pues se supone que ellos se mantendrían en el poder— y también a ciertos grupos de grandes empresarios y algunos sectores de clase media, pero nada más. Sin embargo, hoy por hoy la modernización propuesta por los salinistas no despierta la imaginación ni arranca el entusiasmo de los mexicanos que van a tener que ser la carne de cañón en la difícil y muy prolongada lucha por hacer de este país una especie de Taiwán latinoamericano. El énfasis en la eficiencia y la productividad ha llevado a que la acción del Estado se ponga inevitablemente, y de manera cada vez más obvia, al servicio de los que prometen eficiencia, y por tanto las referencias en el discurso salinista a la justicia social, la igualdad, la democracia o la independencia, sonan huecas, fuera de los corredores de Palacio y de los consejos de administración de las grandes empresas.

Los modernizadores actuales ya saben qué quieren hacer de México y por dónde llevarlo, pero lo que aún no han encontrado es la fórmula para hacer que su visión del futuro sea aceptada con entusiasmo por aquellos a los que aún se les van a pedir muchos sacrificios, es decir, la mayoría de los mexicanos. Si hubiera un organismo institucional que proveyera de utopías, el señor secretario Pedro Aspe debería ir a negociar con ella antes

*
Alguien pudiera sostener con buenos argumentos que si bien en el pasado algunas utopías tuvieron un papel como agentes del cambio, en el presente eso es poco probable, pues el desencanto frente a las grandes promesas es el signo de los tiempos. Y la prueba de lo anterior la constituye el triunfo en toda la línea del pensamiento conservador, un pensamiento frío, calculador, realista, egoísta y brutal. Si alguien respondiera así frente a quien clama por una nueva utopía que dé un sentido profundo a la acción social real, se le puede argumentar que justamente esas imágenes que Ronald Reagan o Margaret Thatcher pintaron a sus conciudadanos como el ideal del neoliberalismo, son cuasiutopías en el contexto de Estados Unidos o Gran Bretaña. En efecto, abrumados los estadounidenses por el shock de la derrota de Vietnam, y los británicos por la frustración que significaba el deterioro sistemático de una economía que en un pasado no muy lejano había sido el centro de un magnífico imperio, de la revolución industrial y del capitalismo mundial, encontraron una fuente de inspiración, y por tanto de energía social, en la promesa de un futuro neoconservador que devolviera lo mejor del pasado. La promesa es (¿o fue?) la imagen de un mundo donde la disminución del papel de la burocracia del Estado y la revigorización de las fuerzas del mercado capitalista, permitirían la realización de los ideales morales de dos sociedades que por un período más o menos largo fueron ejemplos de eficiencia económica, fuerza militar y liderazgo político internacional. Las promesas del neoconservadurismo estadounidense y británico es la vuelta a un pasado idealizado, pero que en cierto sentido sí existió.

Las utopías de hoy deberán ser —y aunque la afirmación pueda parecer contradictoria— menos poéticas y más realistas que las del pasado; más acordes con la experiencia histórica y con la naturaleza actual del conocimiento científico. Pero deben de ser visiones generosas y optimistas del futuro para la sociedad que las adopte; visiones que ofrezcan una definición aceptable de la naturaleza de lo bueno y lo malo, que den la fórmula para distribuir de manera justa los recursos sociales escasos, que provean una definición aceptable moral y prácticamente de la naturaleza de la autoridad y del Estado, de la libertad y de la igualdad, etcétera. Los temas anteriores fueron el centro de las utopías pasadas y de

ser el instrumento de la justicia sustantiva, y para ello debería abandonar su supuesta imparcialidad liberal para volverse sistemáticamente parcial en favor de quienes nada tenían y en contra de los que tenían en exceso. Por lo anterior, es claro que la reforma agraria, cuando finalmente llegó, antes que una razón económica tuvo una moral; lo mismo se puede decir de su contraparte urbana: la legislación laboral.

En un país humillado por los extranjeros y despojado de sus recursos naturales por siglos, la promesa revolucionaria propuso voltear las cartas: "México para los mexicanos". Y en el terreno del derecho internacional —hasta ese momento, un derecho producto de las necesidades e intereses de las grandes potencias— se sostuvieron los principios de igualdad jurí-

gobrnantes mexicanos que sucedieron al "cachorro de la Revolución" buscaron mantener su proyecto sexenal cobijado bajo la fuerte y protectora sombra de las promesas generosas y nacionalistas de la Revolución mexicana. Pero a partir de 1982 la promesa no sólo se agotó, sino que pareció resultar disfuncional para quienes buscaban la salida pronta y definitiva de la crisis por la vía neoliberal.

Hoy, el grupo en el poder se ha visto obligado a elaborar un proyecto eco-

dando llevarlo, pero lo que aún no han encontrado es la fórmula para hacer que su visión del futuro sea aceptada con entusiasmo por aquellos a los que aún se les van a pedir muchos sacrificios, es decir, la mayoría de los mexicanos. Si hubiera un organismo internacional que proveyera de utopías, el señor secretario Pedro Aspe debería ir a negociar con ella antes que con el FMI, el Banco Mundial o el Departamento del Tesoro de Estados Unidos. Lástima que tal institución no exista.